

El modelo misionero americano: costumbres, virtudes y problemas de la comunidad jesuita en la segunda mitad del siglo XIX¹

Francisco Javier GÓMEZ DÍEZ

El misionero al que se dedica este artículo es responsable de la reconstrucción de la Compañía de Jesús en la América de la segunda mitad del XIX, reconstrucción que implica un esfuerzo por enlazar con la Compañía antigua; se remite de forma permanente a ella y a la obra de sus miembros, cuyo recuerdo siente vivo en muchas personas, sobre todo en las comunidades indígenas. Cuenta con el crédito dejado por los antiguos padres, pero no ignora las dificultades: la falta de personal y la persecución a la que está sometida la Compañía. Confía en el futuro, pero sabe que «han de pasar muchos años para poder llegar a aquello»². Basa

¹ Este trabajo se basa principalmente en un conjunto de más de 2.500 cartas cruzadas en su mayor parte entre los padres jesuitas que trabajaron en el área neogranadina (Colombia, Antillas, Centroamérica y Ecuador). Los principales corresponsales son los PP. Manuel Gil (P. Visitador y, posteriormente, P. Asistente), Ignacio Lerdo (P. Asistente), Pablo de Blas (superior de la misión durante la mayor parte del período), Francisco Javier San Román y los provinciales Morey, Domingo Olascoaga y José Manuel Jáuregui. Las citas son básicamente ilustrativas, sirven como ejemplos que podrían multiplicarse fácilmente. El trabajo forma parte de una investigación sobre las misiones americanas de las provincias jesuitas de Castilla y Toledo en la segunda mitad del siglo XIX, que se desarrolla en varias direcciones (actividad educativa, misiones entre indígenas, formación y mentalidad de los jesuitas, etc.). Siglas utilizadas: AHPTSJ: Archivo Histórico de la Provincia de Toledo de la Compañía de Jesús; COT-HISTORIA, COT-DIARIO, COT-VIAJE y COT-APUNTES hacen referencia a las cuatro obras manuscritas del P. José Joaquín COTANILLA, respectivamente: *Historia de la Misión colombiana de la Compañía de Jesús* (AHPTSJ C-92), *Diario del Padre Cotanilla* (AHPTSJ C-95), *Viaje a Italia, 1884* (AHPTSJ C-95) y *Apuntes anecdóticos históricos referentes a la Compañía de Jesús* (AHPTSJ C-93).

² Al narrar los comienzos de alguna actividad es frecuente recordar lo que se perdió con la expulsión y la responsabilidad de Carlos III y sus ministros. Cotanilla cuenta como celebró misa en un pueblo donde se conservaban las costumbres establecidas por la Compañía. Más claro es el P. Coris (carta del 14-2-1859): «Nos metimos aquí [en el seminario de Buenos Aires] como de contrabando, sin contar con gobierno ni con nadie, sino con la Señoría Illma. que era el amo de la casa, y a los curiosos que me preguntaban respondía: “Soy un emigrado a quien echaron de casa, he vuelto como otros emigrados; hallé mi casa ocupada, y el Sr. Obispo me presta la suya, y le sirvo por eso acompañándolo en misión, y enseñando a esos pocos jóvenes que ya no son del mundo porque estudian para padres”. COT-HISTORIA I, 167-9 y 177-78. El P. Calvo escribe sobre la visita de unos indígenas que no pueden recordar a «sus Padres Antiguos... sin bañarse en lágrimas» (carta al P. Cortés, 31-1-1842, AHPTSJ estan-

sus esperanzas en las numerosas solicitudes que recibe la Compañía, de muchas repúblicas y de todo tipo de gente, de donde deduce la existencia de un pueblo fiel que añora a los jesuitas y que sus escasos enemigos «no merecen ninguna consideración». Pero los frutos dependen de la continuidad de los trabajos. Lo reconoce al hablar de las *conversiones*, de pecadores, *amigos del país* e incluso de protestantes, y lamenta que por falta de continuidad muchos vuelvan al «camino viejo»³. La forma de valorar los éxitos de las actividades incide en este problema. Cuantifican los sacramentos administrados. Por ejemplo, el P. Vila, después de 22 misiones populares en Brasil, se felicita de la administración de 144 bautismos, 19.734 confesiones y de 317 matrimonios, la mayoría entre amancebados, de haber revalidado 60 matrimonios mal contraídos y de algunas reconciliaciones. De todas formas se tiene conciencia de los límites. El P. Freyre advierte sobre las confesiones, donde «se falla muchas veces por el mismo ahogo de la multitud: es decir que se hacen muchas confesiones, pero no buenas confesiones». Recomienda acomodar el local lo mejor posible, no permitir el amontonamiento de los penitentes y separar a los hombres de las mujeres, todo ello para evitar la confusión, el *atolondramiento* del confesor, el desasosiego y la impaciencia⁴.

UNA SITUACIÓN DE CONFLICTO BAJO LA PROTECCIÓN DE DIOS

Se enfrentan a dificultades de todo tipo, a un alto grado de inestabilidad y a la desconfianza de muchos⁵. Creyendo indiscutible que la religión es un bien que

te 2, caja 83). Se podrían citar otros muchos testimonios: el deseo de formar en la zona de Mompós (Colombia) *pueblos semejantes a los del Paraguay*; el recuerdo de que el Colegio de S. Pablo (Lima) era de la Compañía y ahora lo poseen los Padres del Oratorio, «que son muy pocos en número» (COT-HISTORIA I, 205, 213-14 y 223, y II, 63); el P. Láinez informa de su encuentro con un hombre bautizado por los antiguos jesuitas y un sacerdote que estudió con ellos; carta al P. Freire, Medellín, 15-8-1846. Carta del P. Gil, Kingston, al P. Blas, Quito, 30-3-1851. AHPTSJ estante 2, caja 70.

³ Cartas del P. Michelena, 30-9-1844, al P. Cotanilla; el P. Vila, 30-7-1845, al P. Freire; el P. Orbeagozo, 12-7-1858, al P. Blas, y el P. Láinez, 14-5-1845, al P. Cortés. AHPTSJ estante 2, cajas 70, 71 y 83.

⁴ Muchos se expresan como el P. Vila. Carta del P. Vila, 30-7-1845, al P. Freire; carta del P. Buján al P. Freire, 20-8-1849; cartas al P. Blas del P. Gil, 10-10-1849, el P. Segura, 13-4-1851, 6-7 y 18-8-1852, el P. Orbeagozo, 13-9-1850, 29-3 y 30-11-1852, el P. Hernández, 22-5-1858, y el P. Pieschacón, 21-8-1858. AHPTSJ estante 2, caja 68, 69, 70 y 82. COT-HISTORIA I, 202; II, 16, y III, 229. COT-DIARIO 5 y 31-5-1860.

⁵ Por ejemplo al P. Freire se le presentan al organizar misiones populares en Guatemala. Están provocadas por curas locales disconformes, por la ubicación de los pueblos, por la falta de personal, por la imposibilidad de descansar como sería conveniente a la salud del misionero, por la falta de coordinación con el gobierno y las autoridades eclesiásticas, necesaria para vencer las reticencias de las autoridades locales, civiles y eclesiásticas, etc.; cartas del P. Freire, 25 y 31-12-1853, al P. Blas, y de éste, 19-4-1849, a R. Maldonado. AHPTSJ estante 2, caja 69 y 69 bis.

contribuye a la paz social⁶, necesariamente concluyen la maldad de todos aquellos que dificultan la acción de la iglesia⁷. Inmersos en un gran combate, que algunos reflejan en actitudes y expresiones militares⁸, se sienten víctimas de un conflicto que embaraza toda su actividad. Están obligados, entonces, a ser precavidos, prevenir las posibles expulsiones⁹, fundar las casas de tal forma que se pierda económicamente lo mínimo en caso de expulsión, establecer unos fondos que, otra vez en caso de expulsión, permitan enviar a los estudiantes a continuar su formación en el extranjero, establecerse con garantías gubernamentales, adaptarse a las circunstancias y extremar las precauciones a la hora de ingresar en un país¹⁰. Viven en el temor: en ocasiones escriben en italiano o en latín, convencidos de que el correo no es un medio seguro para comunicarse; se dejan arrastrar por rumores¹¹; buscan todo tipo de fórmulas para consolidarse. Aunque disimular la condición de jesuitas no les parece aceptable, en algunas ocasiones, como en Cuba, puede resultar válido como paso inicial¹². No disimular la condi-

⁶ Hablando de una misión en Ecuador, el P. Orbeagoza señala que la gracia principal, entre las muchas derramadas por el Señor, ha sido el restablecimiento de la paz entre dos pueblos por muchos años enemistados; carta al P. Blas, 30-11-1852; AHPTSJ estante 2, caja 70. Cfr. COT-HISTORIA I, 201 y III, 119, donde se plantean dos casos semejantes.

⁷ Cuando Cotanilla comenta un artículo aparecido en *El conservador* de Nueva Granada, el día 9-4-1864, sus expresiones no pueden ser más claras: el demonio fue el primer liberal, Cain fue libre al sacrificar a su hermano, los liberales están hambrientos por apropiarse de lo ajeno, etc.; COT-HISTORIA I, 181-2. Testimonios semejantes se encuentran en otras páginas de sus obras.

⁸ Láinez habla de *operaciones militares*, soldados y conquistas (cartas al P. Cortés, 23-7-1845, y al P. Freire, 12-11-1846); el P. Freyre de *guerra santa, armas y soldados*, y el P. Sauri recuerda: «No nos hemos de acobardar por nada, el jesuita muere y no se rinde» (carta al P. Blas, 11-4-1849). AHPTSJ estante 2, cajas 68, 70 y 83. COT-HISTORIA III, 228 y ss.

⁹ El P. Genon (carta al P. Blas, 13-6-1860) justifica la importancia de Belice por tratarse de un refugio seguro ante las expulsiones, frecuentes en las repúblicas americanas. El P. Gil (carta al P. San Román, 28-8-1850) aconseja establecerse en varias repúblicas cercanas para tener refugios ante las expulsiones. Lo mismo defiende el P. Lerdo (carta al P. Blas, 30-12-1853). AHPTSJ estante 2, cajas 69 y 70.

¹⁰ Cartas al P. Blas del P. Olascoaga, 13-8-1857, del P. San Román, 3-5-1858, y del P. Gil, 11-3-1853 y 7-7-1856, y del P. Provincial, 19-1-1866, al P. Feliu. AHPTSJ estante 2, cajas 68, 69 y 70. AHPTSJ C-67. COT-HISTORIA II, 53 y 139.

¹¹ Cartas al P. Blas del P. García López, Popayán, 28-3-1850, y el P. Segura, Guayaquil, 4-2, 13-8 y 1-9-1852. AHPTSJ estante 2, cajas 70 y 82.

¹² El P. Gil, en carta al P. Blas, 6-9-1850, rechaza la intención de éste «de vivir como clérigos particulares, sin llevar la sotana y sin ser reconocidos», y el proyecto de los amigos colombianos de que se nacionalicen norteamericanos para poder regresar a Nueva Granada. Por la misma razón —la pretensión de «existir al principio disimulados y ocultando el nombre de jesuitas»— el P. Lerdo rechaza la oferta que le hacen desde Guatemala; cit. por R. PÉREZ, *La Compañía de Jesús en Colombia y Centroamérica después de su restauración*, vol. II (1897), p. 386-89. Luis Segura explica los motivos: «...el enemigo no detesta aquí al traje, sino a la persona cubierta con tal traje, y que por consiguiente nada ganamos con disfraces, tanto más que igualmente nos reconocerán con la sotana que sin ella»; carta al P. Blas, 8-10-1850. Por el contrario, el P. Provincial recomienda introducirse en Cuba, aprovechando la amistad del arzobispo, «sin decir que somos jesuitas»; carta del P. Gil, 12-9-1850 Jamaica, al P. San Román. AHPTSJ estante 2, cajas 70 y 82.

ción de jesuita no implica renunciar a la necesaria prudencia y discreción. El P. Freire, aconseja en Guatemala, hacer poco ruido y escudarse en los obispos¹³.

En otro orden de cosas es significativa la carta del P. Provincial sobre la des-cristianización de España en los veinticinco años posteriores a la muerte de Fernando VII, donde llega a afirmar que «para convertir salvajes no hay necesidad de salir de España»¹⁴. Este problema les enfrenta al sentido de la historia. Dios es Señor de la historia, sus juicios son inescrutables y, por eso mismo, sólo *toca respetarlos*. Todos estarían de acuerdo con las ideas del P. Freire a raíz de la revolución del 48¹⁵:

«¿Qué dice V. R. de la Providencia paternal de Nuestro Dios que nos sacó de ese Viejo Mundo que de puro corrompido se está desmoronando? ¿Y de la otra misericordia de haber librado al P. General y a los demás Padres de una muerte probable o de una prisión cierta? ¡Qué tiempos, padre mío! ¡Qué días de amargura!... La ira de Dios se encendió y a su soplo omnipotente cayeron los tronos, como castillos de naipes levantados por muchachos. ¿Dónde están esos grandes políticos europeos?, ¿de qué han servido las fortalezas, los ejércitos, las policías tan exactamente organizadas? ¡Miserables! Prescindieron de la religión, y de Dios en sus gobiernos, y Dios los abandonó a sus consejos propios. Lo cierto es que desde hace ahora 70 años no se ha dejado de sembrar la semilla ¿No vendría el fruto a su tiempo? Lo peor es que no se le ve el fin, y sobre todo lo de Roma es lo que a mí me pone en grandes cuidados... en cuanto a revoluciones me parecen muy probables según se hallan los pueblos. Dios lo remedie y nos saque de este mundo enemigo suyo, pero si somos necesarios *non recusemus laborem*».

La situación es angustiosa pero se debe confiar en los juicios de Dios, convencidos de que de los males sacará bienes, y «entretanto, dice el P. Morey, es necesario rogar mucho por los pobres que se hallan y padecen en medio de los peligros». Insisten en las virtudes de la conformidad y la paciencia, que no pueden faltar sabiendo «que la Providencia se sirve de los malos como de instrumentos para promover sus proyectos», que son de misericordia y de bondad «para con nosotros». Dos grandes beneficios aparecen de la persecución y la inseguridad: las expulsiones expanden la acción misionera, así se expresan, por ejemplo, los padres José Ignacio Guerrico e Ildefonso de la Peña, y las tri-

¹³ Carta al P. Blas, 22-10-1845; AHPTSJ estante 2, caja 68.

¹⁴ Carta del P. Olascoaga, Loyola, al P. Blas, 11-6-1858; AHPTSJ estante 2, caja 68.

¹⁵ Carta al P. Vicerrector, 18-7-1848; AHPTSJ estante 2, caja 69 bis.

bulaciones benefician espiritualmente a los jesuitas. Estos beneficios les llevan a convencerse de que los perjudicados son en primer lugar los pueblos católicos y no la Compañía¹⁶.

Aunque se experimenta con firme convencimiento la especial protección de Dios a la Compañía¹⁷, se preguntan por la responsabilidad jesuita ante la situación presente. Es muy significativa la carta circular del P. Jáuregui, el 10 de enero de 1861¹⁸, a todos los jesuitas de la Provincia. Se pregunta si la crisis espantosa que amenaza a la sociedad no será un justo castigo de los pecados de los hombres. «Y a pesar de la santidad de nuestro estado, continúa, y de los vínculos tan estrechos que nos ligan con N. S., ¿estaremos también nosotros sujetos a una buena parte de tan tremenda responsabilidad?». Dominado por esta preocupación ruega a sus súbditos que se examinen sobre el cumplimiento de los santos votos, que no desatiendan las cosas que parecen pequeñas, ni menos aún las prácticas espirituales, pues poca eficacia tendrán los ministerios «si no los acompaña una conducta interior y exterior, regular y edificante». Insiste especialmente en la unidad basada en la caridad que debe reinar entre los jesuitas y en la obediencia, siendo inadmisibles censurar las disposiciones del superior, a quien, según S. Ignacio, «nunca se debe mirar como a hombre, sino como a representante de Cristo». De todas formas, se consideran básicamente inocentes. Su responsabilidad puede radicar en el incumplimiento de las exigencias de su vocación, no en la posible existencia de deficiencias o errores en sus planteamientos. Esta seguridad, la confianza en Dios y el rechazo absoluto de la realidad que les toca vivir puede cegar en ocasiones su jui-

¹⁶ Cartas del P. Vionnet, 31-1-1841, y el P. Guerrico, 6-4-1840, a Cotanilla; del P. Lerdo, Roma 26-6-1847, el P. Sauri, México 20-1-1855, el P. La Peña, Santiago de Chile 28-7-1850, el P. García López, 21-8-1850, el P. Orbeago, Ibarra, 19-8-1852, y el P. Ramírez, Guatemala 26-10-1861, al P. Blas; del P. Gil, Kingston, al P. San Román, 12-9-1850. AHPTSJ estante 2, cajas 68, 69, 70 y 71.

¹⁷ Los testimonios son numerosos. Cotanilla habla del hecho providencial de que la llegada del P. Visitador, Manuel Gil, coincidiese con la muerte del P. Berdugo, evitando así que la Compañía quedase decapitada (COT-HISTORIA II, 111). «Contando como contamos con el auxilio de Dios, no necesitamos del auxilio de los hombres», dice el P. Segura, 14-8-1851, y otros muchos padres experimentan la misma protección (el P. Freire, en carta al P. Piquer, 10-8-1848; el P. Michelena, carta a Cotanilla, 30-9-1844, o el P. Lainez, carta al P. Freire, 7-7-1846). El P. Form cuenta la visión del H. Guerrido, en vísperas de la expulsión de Loyola, al que se le apareció la Virgen «llevando al niño Jesús en sus purísimos brazos. El niño tenía el semblante bastante serio, y la madre con mucho amor y dulzura dijo al buen hermano: "Hijo, la sentencia ha sido ya decretada en el Cielo, pero no temáis, pues yo he tomado bajo mi manto y protección vuestra provincia de España". COT-APUNTES p. 25). Puede sintetizarse todo en palabras del P. Segura: «en nuestras pruebas, hubo algo de semejante a lo acontecido con el Patriarca Job, a quien Dios permitió que se le atribulara, pero no hasta perder la vida» (carta al P. Blas, Ibarra, 7-8-1850). AHPTSJ estante 2, cajas 70, 71, 82.

¹⁸ AHPTSJ estante 1, caja 91.

cio. Le pasa a Cotanilla cuando analiza el caso italiano y se niega a aceptar la posible consolidación del nuevo Estado¹⁹.

Una permanente falta de personal les obliga a establecer claramente las prioridades. En Pasto un colegio sería muy útil y necesario, pero hay que conformarse con una residencia, que haciendo mucho bien irá cultivando el terreno²⁰. Es fundamental comenzar sólidamente, lo contrario sólo acarrea problemas²¹. El P. Sauri considera que lo más importante es el seminario, recordando que la caridad bien entendida empieza por uno mismo. En la misma idea se insiste con frecuencia: «La experiencia de muchos años —escribe el P. Gil— me ha hecho palpar que si no se procura cultivar a los nuestros y formarlos bien en el espíritu nada haremos nunca de provecho». Esto no quita que se atienda a los ministerios, pero hay prioridades: «hacernos santos nosotros sin dejar nunca nuestras cosas espirituales, cuidar mucho de los nuestros, atender bien a los colegiales, y no descuidar los demás ministerios. Orden, expedición, puntualidad y para todo habrá tiempo». Lo mismo piensa el P. San Román: «yo siempre he tenido para mí que lo principal está en nosotros; porque ni el fuego puede esconderse, ni nadie puede dar lo que no tiene»²².

La captación de novicios y su formación son prioridades que, en una situación de inestabilidad, preocupan seriamente a los superiores. Después de la primera expulsión de Nueva Granada, es rara la carta del P. Gil que no plantea el problema, propone soluciones o pide información para dilucidar dónde es mejor enviar a los jóvenes a continuar sus estudios. Al principio se espera que la misión guatemalteca proporcione un alto número de novicios, al no hacerlo Guatemala termina marginada en el conjunto de las actividades jesuitas. Con la misma preocupación el P. Olascoaga coincide con el P. Blas en el deseo de comenzar las tareas en Colombia estableciendo un noviciado, «único medio de hacer algo bueno andando el tiempo»²³.

¹⁹ COT-VIAJE, p. 117.

²⁰ Carta del P. Gil, Medellín, 28-2-1849, al P. Blas; AHPTSJ estante 2, caja 70.

²¹ En este sentido se queja el P. Gil de los resultados del seminario de Ibarra, donde se sacrificó al funcionamiento del colegio la formación de los estudiantes jesuitas. Por eso hay que procurar que no suceda lo mismo en Quito, entablando las cosas bien desde el principio y haciendo que los jóvenes jesuitas no tengan familiaridad con los alumnos, que se limiten a hacer sus clases y vigilancia y se retiren después a sus cosas especiales y a sus estudios, que la disciplina se entable, como corresponde, y que si los filósofos deben estar en el colegio sea con separación absoluta. Carta al P. Blas, 22-12-1850; AHPTSJ estante 2, caja 70.

²² Cartas al P. Blas, del P. Sauri, 20-6-1849, el P. Gil, 30-3-1851, y el P. San Román, Guatemala 19-2-1859, y del P. Provincial, 24-8-1865, al P. Hernández. AHPTSJ C-67. AHPTSJ estante 2, cajas 68, 69 y 70.

²³ Cartas al P. Blas, del P. Gil, 13-11-1851 y 4-11-1854, el P. Lluch, 10-11-1859, y el P. Olascoaga, 6-5 y 11-6-1858. AHPTSJ estante 2, cajas 68 y 70.

LA COMUNIDAD JESUITA

La compañía, el apoyo de los demás y la vigilancia que mutuamente unos sujetos ejercen sobre los otros son centrales para el buen funcionamiento de toda la comunidad. Si la unión y la colaboración entre los sujetos son vitales, la soledad es una de las mayores preocupaciones. Laínez, misionero entre indígenas, pasa largas temporadas sin ver a su compañero, el P. Piquer, y se lamenta con frecuencia. Es idéntica la preocupación de Piquer, que reconoce que desde que está en Pasto no le *falta más que compañero*, y la de Cotanilla: «Yo creo que la mayor pena para un jesuita, es la de encontrarse solo, sin un hermano, sin otro jesuita a su lado»²⁴. Vivir en comunidad es una necesidad para perseverar en la observancia, y es conveniente que las casas tengan un número importante de sujetos, que ayude a conservar la disciplina religiosa. Tener únicamente *misiones ambulantes, misioncillas fijas* o «residencias pequeñas de dos o tres sujetos enclavados en desiertos o pequeñas poblaciones» es una plaga enorme a la observancia regular, que afecta al conjunto y a cada uno de los individuos. Todos los jesuitas lo saben y lo tienen muy presente. En definitiva, nunca solos, como explica el P. Blas²⁵:

«El R. P. Visitador difícilmente se resolverá (y aún dudo que pudiera hacerlo) a desmembrar de esta misión de la Nueva Granada algún sujeto para aislarlo a tanta distancia sin poder tener expedita comunicación con los superiores mayores, sin poder ser reemplazado por otro cuando así lo exigieran las circunstancias, sin poder tener ahí colegios nuestros a donde retirarse a rehacerse en las fuerzas corporales, y lo que es más en el espíritu, como se acostumbra entre nosotros y como es indispensable para la perseverancia y fruto de una misión».

Esta insistencia en la comunidad no elimina los problemas de convivencia, más graves cuanto más pequeñas son las casas. Para evitarlos sobran «los genios habladores, petulantes, quisquillosos y disputadores»; deben ser trabajadores, sufridos y obedientes. En términos generales para reforzar la conviven-

²⁴ Cartas al P. Freire, del P. Laínez, 25/12/1847, y el P. Piquer 10-16-1848. El P. Avvaro lamenta carecer en Belice de compañía y «no poder consultar a nadie en los casos difíciles»; carta al P. Blas, 26-10-1855. Por la misma razón le agradece, el 14 de noviembre de 1855, que la haya enviado un compañero. Son numerosas las manifestaciones de temor ante lo que pueda hacer el P. Genon, solo en su misión y cómo pueda repercutir esto en el prestigio de la Compañía; cartas del P. Dupeiron, 6-10, 6-12-1855 y 15-4-1856; el P. Olascoaga, 3-9, 10-11-1855, 10-1, 10-5-1856, 10-10-1857 y 10-2-1858; el P. Gil, 6-2-1857; el P. García López, 8-3-1858; el P. Hernández, 22-4, 22-6, 21-9-1858, 22-5, 21-11-1859, 2-11-1860, y el P. Forero, 11-10-1858. AHPTSJ estante 2, cajas 68, 69 y 70. COT-DIARIO 19-9-1858.

²⁵ Carta del P. Blas, 9-4-1849, a R. Maldonado, secretario del Arzobispo, Quito. Cartas al P. Blas del P. Segura, 30-10-1850, y del P. Lerdo, Roma, 3-8-1853. AHPTSJ estante 2, cajas 70 y 82.

cia se recomienda huir de la murmuración, «falta bastante común en casi toda comunidad», mostrar mala cara a los murmuradores y no disputar nunca, pues en las disputas no se gana nada y se pierde mucho: la caridad y la buena armonía. Conseguirlo pasa por el mantenimiento de una vigilancia estricta. El P. Gil, tras reconocer las buenas cualidades y laboriosidad de Tornero y Parrondo, advierte al P. Blas: «Ambos valdrían otro tanto si tuvieran juicio. Pero visto que no lo tienen, es preciso suplirlo con la vigilancia y atención de los superiores, y con los consejos y avisos frecuentes, haciéndoles ver que ya no son niños, sino casi viejos». En otra ocasión denuncia que los padres Labarta y Navarrete son incapaces de vivir juntos. Siempre preocupa que estos problemas afecten al prestigio de la Compañía y pueda ser aprovechado en su contra por *los de fuera*. Más graves son esas disensiones cuando afectan a los superiores y, por lo tanto, pueden perjudicar a la disciplina, a la formación de novicios y estudiantes y al funcionamiento de las casas. Despiertan gran preocupación las diferencias entre el P. Blas y el P. San Ramón en Guatemala, cuando espera el P. Olascoaga que Dios se sirva «de la variedad de caracteres de ambos para promover su gloria»²⁶.

Para constituir esta comunidad la correspondencia epistolar es fundamental. En una sociedad que se extiende por los cinco continentes, desde sus orígenes la comunicación epistolar ha sido básica para la cohesión y el buen gobierno. La correspondencia proporciona noticias sobre la salud y las actividades de los sujetos de la Compañía. Son frecuentes las ocasiones en las que se lamenta la falta de noticias o se critica a quien no escribe. «La caridad fraterna —se queja el P. Freire— entre ausentes sólo se puede fomentar por carta, y ese estilo es muy propio de la Compañía, y especialmente en las circunstancias en que nos hallamos. Por otra parte ambos somos consultores de la Misión, y no sé cómo podremos cumplir si no nos damos noticias recíprocas de las casas que se van estableciendo. Muchas podría darle de este pequeño colegio incoado y residencia, pero como no sé si las desea, me abstengo de ello»²⁷. Como siempre, el trabajo dificulta cumplir con esta actividad, que va mucho más allá de ser una obligación. Permite multiplicar los puntos de vista para facilitar el conocimiento de los suje-

²⁶ P. Freire, citado en COT-HISTORIA III, 234. «Avisos para los que van por primera vez a las Antillas», La Habana 1877. Cartas al P. Blas, del P. Gil, 20-9-1855, 6-7-1857 y 4-10-1859, y el P. Olascoaga, 10-5-1856. AHPTSJ estante 2, cajas 68, 70 y 75.

²⁷ Cartas al P. Blas del P. Freire, 20-5-1846, el P. Orbeagozo, 5-6-1852, el P. Olascoaga, 10-11-1853, y el P. Vila, 30-7-1845, que se disculpa por el mucho tiempo que lleva sin escribir; del P. Pujol, 14-12-1858, al P. Jáuregui, y de J. Leal, 14-8-1844, al H. Cotanilla. AHPTSJ estante 2, cajas 68, 70, 71 y 77.

tos y el buen gobierno de casas y provincias²⁸. Por todo esto hay que asegurar unas comunicaciones rápidas y seguras y es fundamental reconstruirlas cuanto antes después de una expulsión²⁹. Pero para cumplir este objetivo hay que insistir en la sinceridad de las opiniones, y así se encuentran, siempre en un tono respetuoso y formal hacia los superiores y compañeros, todo tipo de críticas a sus ideas, actitudes y comportamientos. Lógicamente la correspondencia con los superiores y con el General es de gran importancia. Al General es preferible escribirle en latín, aunque puede hacerse en italiano. Sin alargarse demasiado, tanto los superiores como los consultores de todas las casas deben escribirle, especialmente a principios de año, con independencia de que escriban al P. Asistente. La información reservada debe enviarse en una carta independiente de aquella en la que se informe de actividades y cuestiones generales³⁰.

No todo consiste en escribir. Hay que tener mucho cuidado con lo que se escribe y a quien; especialmente con lo que escriben los hermanos estudiantes. Es recomendable, pensando en la formación y en el espíritu, evitar que algunas cartas lleguen a sus destinatarios: «Vino una carta de D. Carlos Borda para su sobrino —explica el P. Orbeagozo—, la que en mi concepto era una verdadera tentación y no se la di»³¹. Ante las posibles consecuencias para el prestigio y para la seguridad de la Compañía, es conveniente reducir las cartas que se envía a los de fuera, aunque sean amigos. Se establecen instrucciones concretas: El P. Gil ordena al P. Blas que no escriba nada a Rosa Tejada y poco o nada a Micaela Herranz, y en términos generales *poco y a personas escogidas*, mirando muy bien lo que se dice, «porque tales cartas andan en manos de todos». Si bien esto no puede implicar ser descortés ni abandonar amigos y colaboradores.

«Está bien —escribe en otra ocasión— que se escriban alguna vez cartas de edificación a nuestros amigos; pero de Nueva Granada todo el mundo tiene cartas de VV. RR., según me dicen, y esto les hará perder mucho tiempo, y acaso también

²⁸ Cartas al P. Blas del P. Sauri, 14-3-1849, el P. Segura, 10-10-1850, y el P. García López, 25-4-1854. Nadie duda en multiplicar el correo si es necesario: Orbeagozo escribe dos cartas en tres días para informar al P. Blas sobre el estado de salud de los sujetos. AHPTSJ estante 2, cajas 69 bis, 68, 70 y 82.

²⁹ Carta del P. Gil, 12-6-1850, al P. San Román. Cartas al P. Blas del P. Gil, 30-3-1851, de Santos Rojas, Pasto, 14-2-1851, y el P. Segura, Guayaquil, 7-8-1850, 24 y 25-11-1851. Al P. Orbeagozo le preocupa la posibilidad de que su comunidad, la de Ibarra, quede incomunicada de los superiores; carta al P. Blas, 25-9-1850. AHPTSJ estante 2, cajas 68, 70 y 82.

³⁰ Cartas al P. Blas del P. Lerdo, Roma, 26-6-1847, y del P. Gil, Roma, 19-3, 2-6 y 4-8-1855, 22-2 y 30-7-1859. Carta del P. Muruzábal, 12-3-1890, al P. Superior. AHPTSJ estante 1, caja 91, y estante 2, cajas 68 y 70.

³¹ Cartas del P. Orbeagozo, 19-9 y 18-10-1850, al P. Blas; AHPTSJ estante 2, cajas 68 y 70.

el aprecio, no conviene prodigarse y familiarizarse con las gentes del mundo. Nosotros no hemos hecho sino contestar para no incurrir la nota de descortes y ya lo vamos dejando. Sin embargo, los superiores tenemos que escribir a ciertas personas, y V. R. debe conservar algunas relaciones»³².

FORMACIÓN Y VIRTUDES

¿Cómo son los pretendientes a jesuitas y qué se busca de ellos? Cuando existen causas formales (ilegitimidad, etc.) para rechazar a un pretendiente intentan disimularlas ante la sociedad y no tienen ningún inconveniente en ignorarlas cuando no son públicas. A un joven guatemalteco de *excelentes cualidades*, que quiere ser coadjutor, pero es ilegítimo, deciden enviarlo a Colombia y recibirlo allí, «de acuerdo con las opiniones expresadas alguna vez por el P. Blas»³³. La raza también puede representar un problema. El P. Dupeyron, en varias cartas de 1855, explica al P. Blas la situación de un pretendiente negro, «pero muy claro», al que no pueden enviar a EE.UU., por su color, ni a Inglaterra, por ser muy caro. Tampoco se le acepta en el seminario de Guatemala y termina incorporándose como novicio a la Compañía bajo la atención del P. Avvaro. Es un problema que nace de la presión social y no de los intereses de la Compañía. A raíz de otro caso semejante en Nueva Granada el P. Gil decide enviar a Europa al pretendiente y agregarle allí a alguna Provincia, y recuerda que los padres Grueso, San Román y Fonseca son *morenos* y no por eso han sido menos valiosos³⁴.

No son los únicos problemas, ni las únicas cuestiones que se consideran. Un caso particular puede apuntar otras. Cuando el sacristán de la iglesia catedral de Guayaquil pide ser admitido como coadjutor, el P. Segura apunta a su favor su complexión fuerte, su piedad, su inteligencia, conocer el oficio de sastre y ser legítimo. Pero tiene en su contra su baja estatura, su deficiente pronunciación y, «según parece de su color y de su pelo, ser mestizo de indio»; «pero a lo mejor no lo es tanto como el H. Sánchez», explica el mismo padre. La familia no pone ningún inconveniente a su ingreso y, algo significativo, «tampoco es ya problema el pecar

³² Carta del P. Gil, 27-2, 30-3-1851 y 6-8-1857, al P. Blas; carta del P. Segura, Guayaquil, 31-12-1851, al P. Superior. AHPTSJ estante 2, cajas 70 y 82.

³³ Cartas al P. Blas de J. M. Suárez, Guatemala, 22-10-1858; de P. Gamero, 28-6-1859; del P. Gil, 22-12-1850 y 4-10-1859, y del P. Hernández, 21-9-1858. AHPTSJ estante 2, cajas 68, 69 y 70.

³⁴ Cartas del P. Dupeyron, Belice, y del P. Gil, 22-12-1850, al P. Blas. AHPTSJ estante 2, cajas 68 y 70.

de ingratitud con el prior al quitarle su sacristán, pues ya está de sacristán el que era suplente antes»; es decir, en algún momento sí fue un problema³⁵.

Ciertas cualidades se tienen muy en cuenta al admitir a un pretendiente: el buen juicio, la religiosidad, la virtud (insistentemente considerada), la humildad, haber demostrado constancia en la vocación, gozar de buena salud, tener un aspecto agradable y tener por lo menos alguna instrucción y talento³⁶. Como siempre todo se matiza, incluso el talento:

«Algunos acaso murmurarán porque se admiten tan cortos, pero ¿dónde se encontrarán los largos? Yo veo que Dios bendice a los pequeños y humildes, y que sin hacer gran ruido con su saber hacen tanto como los que saben, y acaso lo que estos no pueden o no quieren hacer. Lo que necesitamos son operarios humildes, que después no faltarán agujeros que tapar y vacíos que llenar con ellos»³⁷.

El talento no tiene tanto interés, y tratándose de coadjutores en ocasiones parece no tener ninguno, aunque es importante conocer algún oficio. Siempre se valora saber la lengua de los indígenas³⁸. Ser de buena familia también es un factor importante. Sobre todo se invoca en las presentaciones que los obispos u otros intermediarios hacen de algún pretendiente, pero también en cartas escritas por jesuitas. En estos casos el problema más grave es vencer la oposición de los padres y familiares a la vocación religiosa del pretendiente³⁹.

Con respecto a la edad con la que se ingresa en la Compañía⁴⁰, todo depende de las características del pretendiente. Al P. Cotanilla no le parece obstáculo recibir a un pretendiente de edad «algo avanzada», sobre todo considerando que tiene algunos estudios. Por el contrario, el P. Hernáez explica su decisión de admitir a

³⁵ Carta al P. Blas, 5-3-1851; AHPTSJ estante 2, caja 82.

³⁶ Cartas al P. Blas del P. Hernáez, 22-4 y 31-5-1858 y 23-10-1859, el P. Orbeagozo, 26-6-1852, el P. Gil, 15-11-1848 y 7-7-1855, el P. Cotanilla, 1-2-1859, el P. Gamero, 6-6-1859, y el P. Navarrete, 9-1-1859. En cierta ocasión se habla de la falta de algunos dientes como un problema, por resentirse la pronunciación. Carta del P. Segura, 1-2-1859, al P. Blas. AHPTSJ estante 2, cajas 68, 69 y 70.

³⁷ Carta del P. Hernáez, Guatemala, 22-4-1858, al P. Blas. AHPTSJ estante 2, caja 70.

³⁸ Cartas al P. Blas de P. Gamero, 6-6-1859, de Peter Tissot, 3-12-1858, y del P. Orbeagozo, 26-6-1852; del P. Segura, 21-6-1851, al P. Superior. AHPTSJ estante 2, cajas 68, 70 y 82.

³⁹ Cartas al P. Blas del Obispo de Antioquia, 23-11-1858; del P. Segura, hacia 1840; de J. Blanco Jiménez, 21-11-1858, y del P. Olascoaga, 5-6-1856. AHPTSJ estante 2, cajas 68 y 69.

⁴⁰ Los 618 sacerdotes jesuitas que trabajaron en la región neogranadina en la segunda mitad del siglo XIX ingresaron en la Compañía con una media de edad de 23 años. El 87,3% ingresaron entre los 15 y los 30 años; tres de ellos fueron novicios con menos de 12 años y dos con más de 70. Además el 76,8% de los sacerdotes europeos llegan a América entre los 20 y los 40 años.

Raymundo Cárdenas, a los 12 años: cuenta con la autorización de la madre, «se sabe el Nebrija de memoria, es muy juicioso y me parece muy a propósito para nosotros»⁴¹. Otro problema representan los que entran siendo ya sacerdotes. La experiencia ha ido demostrando que éstos, «si no tienen carrera y habilidad para el púlpito o la enseñanza», en su mayoría son inútiles. Por eso proponen ser más rigurosos a la hora de recibirlos⁴². De todas formas son numerosas las excepciones, la más llamativa es la del siempre elogiado P. Juan Nepomuceno Lobo.

Otra preocupación surge a la hora de pagar los estudios. El caso de los hermanos Navarro, dos huérfanos que deciden ingresar en la Compañía cuando todavía no han recibido su herencia, administrada por Ignacio Gutiérrez, plantea tres problemas. Con respecto a qué se hará con los bienes cuando los muchachos se incorporen plenamente a la Compañía, el P. Gil cree conveniente dejar claro que, sin parecer interesados, no deben perder lo suyo (hay otros herederos: varias hermanas casadas). Que la codicia perjudique a su vocación es un segundo problema. Por último, se plantea quién debe costear su formación. Aquí las ideas están claras: la Compañía, carente de colegios fundados y de recursos, no puede costearla a riesgo de que la abandonen una vez terminados sus estudios. Es necesario «que todos se persuadan que no entran en la Compañía para asegurar la pitanza». No hay que exigir a los que no tienen y hay que atender a otras cualidades, pero el que tiene ¿por qué no ha de dar?, se pregunta el P. Gil. Admitir novicios a la ligera sin asegurarse los fondos para mantenerlos y formarlos es peligroso. Cuando es posible se intenta que la familia del pretendiente pague la formación de éste; pero no siempre es posible. Además están dispuestos a correr riesgos cuando el pretendiente es muy sobresaliente⁴³.

Dos testimonios nos acercan a lo que piensa el que ingresa en la Compañía. Joaquín Borda al tiempo que manifiesta su gran alegría, habla de la sinceridad de su vocación, de su voluntad de perseverancia y de la inmensa multitud de beneficios que Dios le hace al entrar en la Compañía, donde ingresa falto de

⁴¹ Cartas al P. Blas del P. Gil, 4-11-1854, el P. García López, 3-2-1858, el P. Hernández, 21-11-1860, y el P. Gamero, 6-6-1859; del P. Cotanilla, 1-2-1859, al P. Superior. AHPTSJ estante 2, cajas 68, 69 y 70.

⁴² Carta del P. Provincial, 13-4-1867 al P. Feliu, La Habana. Al tratar los casos concretos de Forero y Hernández se repiten estas reflexiones; carta del P. Gil, Roma, 4-11-1854, al P. Blas. AHPTSJ C-67. AHPTSJ estante 2, caja 70.

⁴³ Cartas al P. Blas de Santos Rojas, 1-12-1858, y del P. Gil, 22-12-1850, 12-1, 30-3 y 1-8-1851. AHPTSJ estante 2, cajas 68 y 70.

méritos. Por su parte, Alejandro Cáceres agradece haber sido admitido en la Compañía, dando gracias a Dios por haberle traído a esta casa, sacándome de los peligros del mundo, y trayéndome al puerto seguro de la religión, y ruega a Dios perseverar «hasta morir en su santa Compañía»⁴⁴.

La perseverancia es un factor esencial, nada duele más que el abandono⁴⁵. Aún así, puede ser necesario expulsar a algunos sujetos, con independencia de sus cualidades y talentos. Cuenta Cotanilla la salida del P. Passaglia por no haber querido sujetarse al método de enseñanza que se le proponía: este hecho hace más apreciable a la Compañía «porque no mira a las personas ni a los talentos, sino a la virtud y sumisión debida a la autoridad para que no se abra brecha en una cosa que la hará ser siempre lo que siempre ha sido»⁴⁶.

Ser aceptado no implicaba nada más que comenzar un largo proceso de formación, donde una de las primeras características es el rigor que debe alejar a todos los estudiantes de la holganza. «Sobre todo, hacerles trabajar», aconseja el P. Gil; en otra ocasión insiste: «a los estudiantes hacerles trabajar y a los novicios quebrantarles bien la voluntad y no andar con delicadezas». Por su parte, vistas algunas experiencias negativas, nacidas de la necesidad de que los estudiantes cubran huecos ante la falta de personal, el P. Hernández, a la llegada de un nuevo novicio, decide «tenerlo en silencio y sin comunicación con los de fuera para que comience a criarse como novicio». Junto al rigor se pretende formarles, en sus primeras fases en un cierto aislamiento, pero la falta de personal lo hace imposible⁴⁷.

La misma humildad que tanto ha interesado a la hora de las admisiones es fundamental conservarla y aumentarla. Es una de las virtudes que más se aprecia en un padre y que más trata éste de conservar. Para mantenerla se aconseja huir de las palabras de «alabanza propia» y de la costumbre de alabar a alguien en su presencia. A raíz de una carta del P. Freire, Cotanilla aprovecha para reflexionar sobre la humildad, «base de todas las virtudes»: el hombre humilde desconfía en todo de sí mismo y debe guiarse por el consejo del que

⁴⁴ Cartas al P. Blas, de J. Borda 3-1-1854, y A. Cáceres, 20-10-1858. AHPTSJ estante 2, cajas 68 y 69.

⁴⁵ El P. Berdugo (carta al H. Saracco, 3-1-1853) cuenta la triste vida de los que no fueron capaces de perseverar ante la persecución de Rosas; COT-HISTORIA I, 171.

⁴⁶ COT-DIARIO 30-3-1859. COT-HISTORIA III, 235.

⁴⁷ Cartas al P. Blas del P. Gil, 12-3, 1-8-1851 y 4-8-1854, y del P. Hernández, 23-1-1859 y 6-7-1860; AHPTSJ estante 2, cajas 68 y 70.

reconoce que está en lugar de Dios: su confesor, su prelado y la autoridad de la Iglesia. Con los ojos de la humildad, que nos hace desconfiar de nosotros mismos, y de la obediencia, que nos permite ver «con mucha luz y merecimiento lo que nos aconsejan y mandan aquellos que Dios ha puesto en su lugar para que sean nuestros guías», el alma puede ver con seguridad lo que es de Dios y lo que no es de Dios⁴⁸.

Pese a las afirmaciones de optimismo y confianza y a la creencia de que en la adversidad se forjan los caracteres y las virtudes, la realidad es difícil. Pensemos en la dificultad para asignar confesores en comunidades de dos o tres sacerdotes, muy alejadas unas de otras o en las numerosas ocasiones en las que problemas diversos obligan a interrumpir los Ejercicios. Es imposible establecer en cada misión la casa de estudios adecuada a la formación del jesuita, y no basta con enviar algunos sujetos a Europa. La falta de personal y el exceso de trabajo obliga a destinar a cargos de cierta responsabilidad a personas en período de formación e impide que los maestros dediquen todos sus esfuerzos a la formación de los estudiantes⁴⁹. En 1859 la falta de sujetos hace imposible que Parías y Aguilar comiencen sus estudios de teología, cuando nadie puede asumir sus ocupaciones⁵⁰. Algo parecido denuncia tiempo después el P. San Román. Tiene un joven de edad avanzada que debería enviar a que continuase sus estudios, pero no puede hacerlo porque no hay nadie que le sustituya como vigilante.

«...es en extremo —comenta— arriesgado poner ciertos súbditos en circunstancias difíciles y llenas de peligros. Es verdad que al presente yo me hallo muy satisfecho del buen espíritu que en general anima a todos, pero una gran parte necesita el que se la contemple, el que se le vaya poco a poco graduando las cargas, porque sino dan con ella en tierra, y todo se lo lleva la trampa»⁵¹.

⁴⁸ Cartas al P. Blas del P. Hernáez, Guatemala, 2 y 21-11-1859, y del P. Segura, Guayaquil, 30-10-1850. «Avisos para los que van por primera vez a las Antillas», La Habana 1877. AHPTSJ estante 2, cajas 70, 75 y 82. COT-DIARIO 14-2-1859.

⁴⁹ El P. General llega a quejarse de que los estudios de los americanos no son sólidos porque a los profesores se les carga de trabajo; cartas al P. Blas del P. Gil, 30-3-1851, y el P. Hernáez, 22-5-1858; AHPTSJ estante 2, caja 70.

⁵⁰ Cartas al P. Blas del P. Gil, 2-1-1861, y del P. Hernández, 22-9-1859. AHPTSJ estante 2, cajas 68 y 70.

⁵¹ Carta al P. Blas, 6-2-1864. El Provincial lo lamenta en 1857: «Con toda mi alma celebraría yo poder dotar de muchos y muy buenos operarios a ... todo el nuevo mundo; pero para ello necesitaría sujetos. Entran bastantes: mas, ¿se han de enviar los jóvenes sin estudio y aún sin noviciado? Y aun a los que entran sacerdotes (que gracias a Dios son algunos) ¿no convendrá comunicarles antes más espíritu?»; carta al P. Blas, 10-10-1857. AHPTSJ estante 2, caja 68.

Es difícil, dice el P. Gil, «formar con tranquilidad a los nuestros y habituarlos a la disciplina y exacta observancia»⁵². En tal situación parecen conformarse con alcanzar una formación que no pasa de mediocre, en opinión de los mismos superiores. La experiencia les hace concluir que en orden a la formación «Italia es una cosa, España otra y Nueva Granada algo menos».

Vistas las primeras experiencias y sujetos permanentemente a graves dificultades y a un exceso de trabajo, no se esperan grandes cosas de nadie. En Colombia se recibieron, según el P. Gil, algunos sujetos no muy buenos e incluso los que fueron enviados a Europa no parecían capaces de *romper muchas cátedras*. Se justifica: «alguno se había de recibir» y cuando comenzaban a aparecer «jóvenes de mérito» la Compañía fue expulsada. La consecuencia es en cierto grado sorprendente: no hay que precipitarse en las admisiones, limitándose a «alguno muy escogido». Son las preocupaciones lógicas de una Compañía asediada. El P. Gil insiste en la necesidad de recibir pocos novicios y escogidos porque «cada día se presentan más dificultades para formarlos, y ¡son tan flojos!». En esta situación, aunque se intente evitar algún abandono por considerarlo una tentación, son frecuentes los despidos de sujetos que no ofrecen garantías suficientes: «Ha hecho V. R. perfectamente —dice el Provincial— en deshacerse del novicio Mariano Paredes, y aunque se tuviese que cerrar el noviciado, conviene desprenderse de cuantos son incapaces de tomar el espíritu de nuestra vocación»⁵³. Entonces se manifiestan los defectos que no se pueden tolerar. Si de Cubas dice el P. Cenarruza: «no hay aquí ningún novicio que no tenga mucho mejores modales que él ... es de un genio raro y estafalario, variable, ligero, mordaz, melancólico, tétrico, y muy poco comunicativo; por otra parte parece tener un talento regular»; otros testimonios permiten establecer los defectos que resultan imperdonables: cotillear e inmiscuirse en lo ajeno; la independencia; tratar despóticamente a los súbditos y a los coadjutores; *tener la política del siglo XIX*; la indiscreción; la jactancia y la soberbia; ser incauto e indiscreto con *los de fuera*; ser incapaz de transmitir dis-

⁵² Carta al P. Blas, 13-11-1851. No niega esta dificultad su esfuerzo de inspirar confianza. Dice en la misma carta: «no debe turbarse, sino hacer las cosas como si todo estuviese en paz ... que en tiempo de los franceses todo el Seminario [de Sigüenza] iba junto por aquellos pueblos huyendo de los franceses: donde hacían alto, allí hacían la clase, y no perdieron día de clase, y se tenían conclusiones y los cursos iban adelante. Así creo que tendremos que hacer nosotros y que Dios N. S. echará su bendición, y que los jóvenes aprenderán teórica y prácticamente al mismo tiempo lo que es ser jesuita». AHPTSJ estante 2, caja 70.

⁵³ Cartas al P. Blas, del P. Gil, 22-12-1850, 1-8 y 27-2-1851; del P. Hernández, Guatemala, 2-12-1858, y del P. Olascoaga, 5-6-1856. AHPTSJ estante 2, cajas 68 y 70.

ciplina a los alumnos; atentar contra la unión de la comunidad; carecer de celo; huir de los colegios y ser descortés con los de fuera, perjudicando así la acción misionera⁵⁴.

Las *reflexiones morales varias* compiladas por Cotanilla⁵⁵ proyectan preocupaciones; son las siguientes: *la prosperidad es mala señal y sobre ella se abate la ira del Señor; cuán peligrosa es la soberbia; cuán peligroso es el trato con mujeres* (dos sobre el mismo tema)⁵⁶; olvidarse del miedo, como recomendaba Santa Teresa, hasta que el peligro esté presente; *el Emperador Carlos V constante en hacer la meditación y en oír misa; ejemplo de rara pobreza en el P. Andrés de Oviedo Patriarca de Etiopía; castigo de un amancebado; como Dios castigó blandamente a un superior demasiado severo en corregir a un súbdito* (el superior corrige severamente al súbdito por reírse, hasta que al ir a decir misa le da un ataque repentino de risa que le dura tres días, se muestra así la poca culpa del súbdito); *muerte horrible de un obstinado que no quiso confesar; como S. Bernardo corrigió blandamente a un recidivo; otro ejemplo de S. Felipe Neri y niño resucitado 15 días después de muerto*.

Sólo el esfuerzo de los pocos sujetos con los que se cuenta puede hacer frente a tantos problemas. Es necesario que los jesuitas sean perseverantes ante las dificultades y tentaciones de la vida religiosa y, principalmente, frente a la tentación de abandonar la Compañía cuando son expulsados de un país. «Vencimos todos», señala con satisfacción el P. Manuel Gil después de la primera expulsión de Nueva Granada⁵⁷. Virtudes importantes son también la disponibilidad, la discreción y el espíritu de superación, y junto a ellas la capacidad de no dejarse llevar por el entusiasmo. Se fomenta el pragmatismo (asumir que las expulsiones pueden no ser temporales, adaptarse a las circunstancias, al número de los suje-

⁵⁴ Cartas al P. Blas del P. San Román, 19-2-1859, el P. Cenarruza, 3-1 y 22-3-1859, el P. Alejandro Cáceres, 20-10-1858, y el P. Hernández, 6-7-1860. Los «Avisos para los que van por primera vez a las Antillas» recomiendan tratar lo menos posible con la gente de fuera, *aunque parezcan más santos que los apóstoles*; La Habana, 1877. AHPTSJ estante 2, cajas 69, 70 y 75.

⁵⁵ COT-APUNTES, p. 270-73.

⁵⁶ Dificilmente se puede exagerar esta preocupación. Los «Avisos para los que van por primera vez a las Antillas», La Habana 1877, lo señalan con claridad: «San Cipriano dice que nuestro Sr. Jesucristo no acostumbraba detenerse a conversar con las mujeres y que los apóstoles huían toda familiaridad con ellas. ... En estas conversaciones se pierde mucho tiempo, no se hace fruto ninguno, y lo que peor es, se expone uno muchísimo». AHPTSJ estante 2, caja 75.

⁵⁷ Carta al P. San Román, 12-6-1850. Cartas al P. Blas, del P. Gil, 4-9-1854, y el P. Olascoaga, 6-7-1854. AHPTSJ estante 2, cajas 68 y 70.

tos disponibles, etc.) y no en menor grado la prudencia en el trato con los otros, por cortesía y por sentido de la oportunidad. Hay que templar «el demasiado ardor que pueda tener lugar alguna vez en los ánimos», en la relación entre los mismos jesuitas, a la hora de iniciar nuevas actividades o residencias y al proyectar innovaciones; «las novedades las temo como al diablo», dice el P. Gil⁵⁸.

La prudencia está presente en todas las situaciones. Tienen clara conciencia de que conviene pedir lo menos posible a los obispos para conservar su independencia, pero saben que con los obispos hay que ser contemporizadores y aceptar muchas de sus exigencias. Se ordena a todos que «guarden reverencia a los Prelados», y se recrimina cualquier desliz en este sentido. El Provincial escribe al Superior de La Habana aconsejándole guardar «todo respeto y miramiento» al obispo, abstenerse «de darle ningún motivo justo de queja» y someterse a él incluso «en lo que le parezca que no tiene razón», siempre que no sea contra la ley de Dios o las reglas de la Compañía. En la segunda época en Nueva Granada se planteó un problema cuando el colegio de Bogotá dedicó un homenaje a la memoria de Monseñor Mosquera, provocando una reacción adversa entre algunos de los colaboradores del entonces arzobispo, Monseñor Herranz. Aunque el problema no pasó a mayores, las largas explicaciones de los jesuitas manifiestan las necesidades de contemporizar en ambientes muy susceptibles⁵⁹. La prudencia no es menor en las relaciones con el clero. Miden cualquier acto que pueda molestarle, aunque tienen clara conciencia de su escasa preparación y, en ocasiones, de su hostilidad hacia la Compañía. La recomendación del P. Segura sobre la conveniencia de aconsejar a las mujeres que conserven a sus confesores parece justificarse por no ofender a otros sacerdotes. En Ibarra, por indicación del P. Blas se abstienen de intervenir en una discusión pública sobre las disposiciones para comulgar y la santificación de las fiestas, aunque varios sacerdotes están acusando a la Compañía de introducir novedades rechazadas por la Iglesia⁶⁰.

⁵⁸ Cartas al P. Blas del P. Olascoaga, 10-2-1858, el P. Orbeagozo, 27-4, 16-8-1851, el P. Gil, 6-2-1850, 30-3, 1-8-1851 y 6-12-1855, el P. Lerdo, 30-12, 3-8-1853, el P. Segura, 13-8-1850 y 27-3-1851. AHPTSJ estante 2, cajas 68, 70 y 82.

⁵⁹ Cartas al P. Blas del P. Sauri, 6-6-1849, el P. Gil, 12-1-1851, el P. Segura, 13-11-1850 y 1-10-1851. Cartas del P. Provincial, 10-11-1866 y 26-1-1867. Carta del P. Muruzábal, 12-3-1890, recordando las disposiciones del General. Carta del P. Blas, 3-12-1859. AHPTSJ C-67. AHPTSJ estante 1, caja 91, y estante 2, cajas 68, 70 y 82.

⁶⁰ Cartas del P. Segura, Guayaquil, 15-1, 23 y 24-11-1851. Cartas del P. Orbeagozo, Ibarra, 12, 27-4 y 20-5-1851, al P. Blas. *Datos Históricos sobre el establecimiento y permanencia de la Compañía de Jesús en el Ecuador*. Quito 1895 (pág. 41). Son también frecuentes las ocasiones en las que se reconocen méritos a los sacerdotes nacionales y en las que éstos prestan su ayuda a la Compañía. AHPTSJ estante 2, cajas 68 y 82.

Más importante es la prudencia en el trato con los gobiernos —de los que se tiende a aceptar cualquier exigencia— y con los políticos, con los que se multiplican los actos de cortesía. Un ejemplo: El Gobierno ha prohibido a los jesuitas misionar en Tabacundo y el P. Orbegozo, en Ibarra, duda sobre la conveniencia de organizar una misión para el Morro, aunque la prohibición a él no le afecta⁶¹. Llegan a preguntarse sobre la conveniencia de hacer llegar a las Cámaras las representaciones firmadas a favor suyo cuando se discute su legalización y, todavía más sorprendente, de protestar en el caso de ser expulsados⁶².

Lo mismo puede decirse del trato con los seglares, incluso con los más cercanos. Los «Avisos para los que van por primera vez a las Antillas» recomiendan, para evitar disgustos, en el trato con los padres de alumnos decirles siempre la verdad, pero endulzándola lo más posible las primeras veces que hable con ellos. En varias ocasiones temen castigar con el rigor debido a sus alumnos, cuando se trata de hijos de los benefactores de la Compañía⁶³. Pese a que atenta contra sus costumbres y normas se autorizan viajes de jesuitas a las haciendas de estos benefactores⁶⁴. Lo mismo sucede a la hora de autorizar visitas, invitar a comer a seglares y participar en actos sociales, donde, según el P. Freire, hay que evitar dos extremos: hacerse muy familiares y *escasearse*. Intentan además que el exceso de trabajo al que están sometidos no les lleve a defraudar las expectativas puestas en ellos y calculan los efectos negativos que en el ánimo de los amigos

⁶¹ Somete sus reflexiones a la consideración del P. Blas. En contra de la misión encuentra que el gobierno juzgue como terquedad ir de misión cuando en Guayaquil lo ha prohibido, que pueda servir de pretexto para una prohibición absoluta y que estando el cura del lugar acusado de intervenir en política, no vayan a creer algunos que los jesuitas están de acuerdo con él. A favor de la misión está la gran necesidad del lugar y el mucho tiempo que llevan esperándola, la falta de una prohibición expresa a los jesuitas de Ibarra, la conveniencia de toda misión y el hecho de que si no temiendo una prohibición absoluta, no se hace, no se hará ninguna sin una autorización expresa. Al final la misión se realizó. Cartas al P. Blas del P. Segura, Guayaquil, 11-1, 21-1 y 10-3-1852, y el P. Orbegozo, Ibarra, 29-3-1852. AHPTSJ estante 2, cajas 68 y 82.

⁶² Cartas al P. Blas de M. Fernández, 20-7-1852, y del P. Segura, 14-9-1852. AHPTSJ estante 2, cajas 70 y 82. Cfr. COT-HISTORIA III, 159.

⁶³ «Avisos para los que van por primera vez a las Antillas», La Habana 1877. Carta de P. Segura, Guayaquil, 13-11-1850, al P. Blas; AHPTSJ estante 2, cajas 75 y 82.

⁶⁴ El P. Segura somete un caso a la consideración del P. Blas: Una familia amiga, la familia Avilés, insiste en sus deseos de invitar a su hacienda a algunos de los Padres de Guayaquil, coincidiendo con la enfermedad del P. Tornero, al que el médico ha recomendando reposo en el campo. Éste no quiere ir a ningún otro lugar que a la hacienda del Sr. Avilés, por creer que otra solución sería una ofensa innecesaria a su familia. El problema reside en la existencia en la familia de varias mujeres jóvenes, que «aunque tan cristianas y virtuosas puede la malignidad tomar ocasión para suponer lo que se le antoje»; cartas del P. Segura, Guayaquil, 6, 14, 21 y 28-7-1852, al P. Blas. AHPTSJ estante 2, caja 82.

pueden ocasionar los traslados de personal⁶⁵. La prudencia se extrema cuando se trata del dinero. No sólo hay que evitar gastos superiores a las posibilidades. En ocasiones las compras deben hacerse por medio de un amigo, «para evitar toda apariencia de comercio, que pudiera ser inconveniente para el mayor fruto de las almas». Por idénticos motivos, puede interesar que las pensiones de los alumnos las cobre un administrador no jesuita. Por lo menos en una ocasión, el Provincial recomienda atemperar las donaciones de los bienhechores para evitar las críticas de los enemigos, más cuando son contrarias al instituto las superficialidades en las iglesias⁶⁶. En definitiva, moviéndose en un estrecho margen de posibilidades, apuran al máximo la prudencia.

El realismo es en todo esto fundamental y, por supuesto, la resignación ante lo inevitable, como las enfermedades, y las disposiciones de los superiores por muy contrarias que sean a las expectativas personales⁶⁷.

Caben dos aproximaciones más al modelo de jesuita que se está construyendo: las referencias y recomendaciones en casos concretos y los recuerdos de los muertos, que, sin olvidar que la sinceridad se ve empañada por el deseo de dar ejemplo, proporciona testimonios valiosos. El P. Laínez presenta a Azuela en estos términos: «es muy buen sujeto, de un genio como la cera y humilde como la tierra; muchos servicios hará a V. R. si me lo anima y alienta, pues es tímido y desconfiado de sí mismo; toca muy bien el piano, dibuja y pinta, tiene muchas habilidades de manos; la salud es poca; cuídalo pues V. R. y mándele comer a menudo. Es bastante propenso a la tristeza, porque su carácter es un poco femenino de resultas de la educación que le dieron; pero es muy franco». En el caso de Silva se elogia su conducta siempre buena, su talento, aplicación y aprovechamiento un poquito más que medianos, y de Borda, siendo todo sobresaliente, se lamenta su salud débil, que impide tener en él grandes esperanzas. Cenarruza «es de mucha virtud, aunque tiene un carácter algo seco y con los niños es severo»⁶⁸.

⁶⁵ En una nota sin fecha encontramos las siguientes recomendaciones: «procúrese poco a poco que no se convienen seglares a nuestro refectorio sino sólo el día del Sto. P.»; «las visitas deberían quedar reducidas en el tiempo, y poco a poco, a las personas principales, y bienhechoras». Cartas del P. Segura, 30-10-1850 y 21-5-1851, al P. Blas. AHPTSJ estante 2, cajas 70 y 82. COT-HISTORIA III, 230.

⁶⁶ Cartas al P. Blas del P. Gil, 13-12-1848 y 4-10-1859, y el P. Hernández, 2-12-1859; del P. Provincial al Rector del colegio de Sancti Spiritus, 26-4-1865 y 6-9-1873. AHPTSJ estante 2, caja 70. AHPTSJ C-67 y C-70.

⁶⁷ Cartas del P. Lerdo, Roma, 3-8-1853, al P. Blas, y del P. Pujol, Puerto Rico, 13-3-1859, al P. Jáuregui. AHPTSJ estante 2, cajas 70 y 77.

⁶⁸ Cartas del P. Laínez, 1-9-1846, al P. Freire, y del P. Sauri, 15-12-1847, al P. Blas. AHPTSJ estante 2, cajas 68 y 70.

El P. Bujan, junto a una salud delicada, sobre todo en lo referente a su garganta, sería un operario bueno si sus sermones no fueran inmensamente largos y su genio «un tanto cuanto delicado», «no conviene ni darle muchas largas, ni muchas cortas, si adquiriese humildad sería completo». Un problema semejante de genio se achaca al P. Legarra, que además gusta demasiado visitar seglares y tiene muy poca afición a enseñar. El P. Fernández es bueno para el púlpito, pero se resiste a dar clases, lo cual siempre es un defecto, por lo demás se puede sacar de él mucho partido. El P. Joaquín Freyre era «...hombre conocedor del corazón humano, y amigo de analizar con recto juicio ...las causas y los efectos de los hechos de los hombres»; aunque a primera vista parecía impulsado por su carácter un tanto rígido, «efecto de lo muy desengañado que estaba de las cosas humanas», pero antes o después se le daba la razón porque «juzgaba bien de las cosas y de los hombres». Por último, el P. Cortes «aprovecharía más, si se franquease con los superiores, no le falta por cierto una voluntad firme para obrar, pero esta voluntad necesita dirección»⁶⁹.

La muerte de un jesuita es ocasión de manifestar el amor del pueblo a la Compañía, lamentar la falta de personal, poner la confianza en Dios que permite salir bien de todo y esperar contar con un intermediario en el Cielo. La muerte es siempre una experiencia de formación para la comunidad: «cuando Dios envía esta clase de trabajos no sólo hay que alabar la paciencia y la virtud de los siervos de Dios que se van al cielo, sino también el sufrimiento, mortificación y paciencia de los que se quedan por acá». Eso es lo que sucede ante la muerte de Coca, cuando todos se ofrecieron para velar al enfermo y —excepto aquellos que por tener más necesidad de estudio no se les permitió— lo hicieron por turnos, demostrando abnegación y paciencia⁷⁰.

Con respecto a los moribundos se destaca sobre todo su resignación, su virtud y paciencia, la forma en la que reciben los sacramentos y las lecciones que dieron a la comunidad. Contamos con once casos concretos⁷¹. El H. Rodríguez manifes-

⁶⁹ Cartas al P. Blas del P. Freire, 8-8-1849, el P. Lluç, 9-9-1858, y el P. Gil, 12-3-1851, y carta del P. Pujol, 29-1-1859, al P. Jáuregui. AHPTSJ estante 2, cajas 68, 70 y 77. COT-HISTORIA III, 227.

⁷⁰ Cartas del P. Láinez, 26-5-1847, al P. Freire; de A. Vicente, Bogotá, 25-6-1847, al P. Freire; del P. Hernández, Guatemala, 2-8-1858 y 5-2-1861, y el P. Mendía, París, 15-8-1859, al P. Blas, y del P. Palacio, La Habana, 12-9-1895, al P. Provincial. AHPTSJ estante 1, caja 91, estante 2, cajas 68 y 70.

⁷¹ Los fallecimientos de los HH. Rubia, Lazcano y Rodríguez, y de los PP. Freire, Berdugo, Amoros, Torroella, Coca, Tensa, Láinez y Taboada. Cartas de A. Vicente, 25-6-1847, al P. Freire; del P. Hernández, 2-8-1858 y 5-2-1861, al P. Blas; al P. Sauri, 11-10-1856; del P. Palacio, 12-9-1895, al P. Provincial; del P. Quiros, 21-7-1895, al P. Asistente, y del P. Mendía, 30-4 y 15-8-1859, al P. Blas. AHPTSJ estante 1, cajas 86 y 91, estante 2, cajas 68, 69 y 70. COT-DIARIO 18-10 y 7-12-1855, 5-10 y 31-12-1857 y 1 y 2-1-1858; COT-HISTORIA I, 173-4, II, 110 y 126.

tó gran conformidad con la voluntad de Dios, pidió el mismo la extremaunción y edificó mucho durante su enfermedad con su paciencia, gran conformidad y santa obediencia. La muerte del P. Berdugo permite recordar sus oficios y las ocasiones en las que su vida corrió peligro (en Madrid en 1834 y bajo el poder de Rosas en Argentina), pero lo que se destaca es su muerte: «envidiable ¡Muerte feliz y dichosa! Nada de inquietud, nada de congoja», «como quien se despide para la eternidad dichosa en donde a todos nos aguarda». Algo semejante se dice del P. Amoros que, muerto tras una enfermedad terrible y dolorosa, pudo suministrar luminosos ejemplos de todas las virtudes religiosas y enseñar el camino de la perfección. Manifestó resignación, tranquilidad de espíritu, modestia y devoción. Se le administraron los sacramentos muy a tiempo, a petición propia. Demostró al recibirlos «su acostumbrada piedad y devoción» y murió plácidamente, con la conciencia de no dejar deudas pendientes. Se le pidió «que en la presencia de Dios» rogase por los presentes y por toda la misión. Del P. Torroella, muerto en 1847, se destaca su observancia, su celo en la salvación de las almas, su prudencia y su saber, tanto para el gobierno como para la enseñanza; su carácter jovial, condescendiente, afable y sensible, y sus modales simples y sin ficción, acompañados de la conveniente reserva.

El P. Coca, que muere de cólera, lo hace consciente y satisfecho por morir un día consagrado a la Virgen (la del Carmen, 23 de julio), «que para él era el lenitivo de todas sus penas». No murió «desasosegado ni inquieto, antes bien con mucha paz y sosiego de cuerpo y alma». Demostró paciencia, resignación y devoción. Tenía muchos deseos de comulgar, pero los continuos vómitos lo impedían. Recibió el viático con un fervor extraordinario, y se estuvo después dando gracias largo tiempo. Murió plácidamente, sin angustias, sin movimientos ni contorsiones. El P. Hernáez concluye elogiando el celo apostólico del P. Coca, que tenía deseos de convertir «no sólo la República de Guatemala, sino todo el mundo». El P. Tensa muere después de recibir con extraordinaria devoción los sacramentos, que él mismo pidió. En su larga enfermedad dio ejemplo de gran paciencia, constantemente animado de un gran espíritu de fervor y devoción, humildad, paciencia, devoción y conformidad con la voluntad divina. No cesaba de dar gracias al Señor por el beneficio incomparable de morir en la Compañía. Pidió perdón a toda la comunidad y, con voz muy entera y el rostro risueño, repitió varias veces: «ánimo Padres y Hermanos míos, ánimo que en el cielo nos veremos, pues es muy grande la misericordia del Señor». Al recordar sus años en la Compañía se señala el aprecio general que todos sentían por él, su merecida fama de santo y sabio, sobre todo entre sus alumnos, sin que esto afectase a su religiosa modestia.

Las opiniones sobre el P. Láinez, muerte el 27 de junio de 1848, no se alejan de las referidas a otros («insigne por lo que hizo y por lo que deseaba hacer»,

de espíritu grande y emprendedor, buena formación intelectual y don de gentes, mezcla de jovialidad y corrección), pero lo significativo es la crítica velada y ejemplar que se le hace: «Arrebatado de su celo, y no teniendo quien le moderase, se internó solo a pie y sin provisiones por aquellos matorrales, durmiendo en los montes, sufriendo aguas y soles, y padeciendo las hambres y fatigas que se pueden considerar... al fin parece que sintiéndose enfermo, trató de volverse a buscar a su compañero el P. Piquer, pero no pudo conseguirlo ...le llegó la muerte».

Por último contamos con un largo informe sobre el P. Pedro Ignacio Taboada con motivo de su fallecimiento; «religioso muy ejemplar en toda la extensión de la palabra». Con respecto al momento preciso de su muerte el testimonio no se aleja de los anteriores. Destacó principalmente en su actividad misionera, a la que se consagraba de la mañana a la noche sin descanso, pero sus éxitos se apoyaban en su vida espiritual, sus largos ratos de oración y en el exquisito cuidado que tenía «en hacer con todo fervor y exactitud los ejercicios espirituales aun en medio de sus múltiples ocupaciones», sin alejarse jamás de lo que sería propio del más fervoroso novicio, en la práctica de la confesión, donde iba a declarar «todo, absolutamente todo cuanto había pasado por su espíritu desde la última cuenta». Así pudo destacar en todas las virtudes (pobreza, obediencia, humildad, cortesía en el trato...) y obtener frutos de sus trabajos. Empleó toda su larga vida sacerdotal en procurar a costa de sudores y sacrificios la salvación y santificación de los pueblos»: instruyendo a los niños, visitando cárceles y hospitales, sacando de mal estado a innumerables almas, llevando del espíritu de Dios los seminarios, colegios y congregaciones que dirigía. De este modo, supo granjearse el aprecio y la admiración de las gentes. Supo hacer frente con resignación a los momentos de tribulación, confiando plenamente en Dios. Pese a sus muchas dotes (inteligencia clara, sensibilidad exquisita, facilidad en la expresión), no ponía la fuerza de sus discursos en la persuasión y artificios retóricos, sino en el espíritu y unción sobrenatural que Dios a manos llenas le comunicaba para hablar directamente al corazón. Así era capaz de conmover a los oyentes hasta las lágrimas. «Era extraordinaria la vehemencia con que pintaba la malicia del pecado mortal. ¿Cuántos hombres y mujeres de mala vida no quedaban aterrados al oírle, resueltos a confesarse y mudar de conducta?». Convencidos de la amenaza de la condenación⁷², resu-

⁷² Si el P. Segura cuenta dos casos de pecadores que mueren tras hacer oídos sordos «a las invitaciones de la gracia» (carta 5-6-1851; AHPTSJ estante 2, caja 68), los ejemplos semejantes pueden multiplicarse hasta la saciedad. A los narrados a raíz del degüello de religiosos en Madrid en 1834, se pueden agregar los muchos que cuenta Cotanilla sobre amancebados, masones, perseguidores de la iglesia y cristianos que rehúsan los sacramentos; el

men todo su esfuerzo en uno: «no podemos entrar en el Cielo solos, sino que hemos de ir acompañados de mucha gente»⁷³.

Para hacerlo posible es básico saber llegar a todo tipo de gentes. De ahí la importancia de la buena preparación de los sermones. El P. Francisco García prepara un sermón sobre el escándalo, «bien cargado de sal y pimienta, y con una voz estentórea, que nos tenía atónitos» y con «sus ramalazos para los rumbos y velorios y libros malos y teatros». El P. Freire proporciona algunos consejos sobre como debe ser la predicación: «moral, bien digerida con pocos adornos y llana, entre suave y vehemente, no particularizando más de lo que particulariza el evangelio y Santos Padres, y más corta que larga». Recomienda no prodigarse en los sermones, pues «no causa tanta impresión el predicador cuanto a cada paso se le ve subir al púlpito», y otros predicadores pueden irritarse al ser arrinconados. Cuando se acusa a los jesuitas de enseñar doctrinas erróneas y de usar un lenguaje vulgar, el P. Segura se justifica recordando, con S. Pablo, que son deudores de los sabios y los ignorantes y que no pretenden halagar los oídos sino convertir las almas. Confiesa que, por falta de tiempo y buscando la eficacia, su estilo a veces es incorrecto y que incluso en alguna ocasión sabe que está diciendo disparates. La solución estaría, y en ello se insiste siempre, en huir de la improvisación, pero el exceso de trabajo lo impide. La misma intención de llegar a todos les lleva a estudiar las lenguas indígenas y a ser prudentes a la hora de elegir los temas a tratar. Por ejemplo el P. Provincial recomienda no hacer de la masonería un tema de predicación; siendo nulo el fruto generaría el odio y la enemistad de algunas personas, cuando hay tantas materias de que hablar sin este peligro y con más fruto para los oyentes⁷⁴.

COSTUMBRES Y NORMAS DE VIDA

Para hacer posible la formación de estos sujetos y el éxito de sus actividades es necesario mantener estrictamente el cumplimiento de una larga serie de nor-

incendio que destruye una ciudad por culpa de unos sujetos que, «cuando todo el pueblo estaba reunido en la Iglesia ... estaban metidos en una tabernilla entregados al vicio», o el terremoto que en México detiene la ya preparada matanza de religiosos, etc.

⁷³ Carta del P. Cañas, 2-5-1879; *Cartas de Poyanne*, núm. 11.

⁷⁴ Cartas al P. Blas del P. Segura, 25-12-1850 y 8-5-1856, el P. Gil, Roma, 8-5-1856, y el P. Amoros, 19-5-1856; carta al Rector del Colegio de Puerto Rico, 24-8-1865. AHPTSJ C-67. AHPTSJ estante 2, cajas 68, 69, 70 y 82. COT-HISTORIA III, 230.

mas. Los superiores envían con frecuencia instrucciones al respecto, solicitan informes sobre su cumplimiento, felicitan cuando se cumplen pese a las dificultades, y critican su incumplimiento. Es importante que se respeten desde el principio y por pequeña que sea la residencia, pensando en la formación de los sujetos, el descanso de los padres y la relación con los seglares. No puede olvidarse la preocupación de que agobiados por el exceso de trabajo y creyendo que no es malo «dejar a Dios por Dios», los misioneros se engolfen enteramente en los ministerios olvidándose o sacrificando la oración, con daño para su alma y a la larga para el éxito de sus actividades. Es básico guardar rigurosamente en las casas «el orden doméstico a cuando por esto no se dé abasto a los prójimos que se agolpan: si los instrumentos se destemplan con la frialdad o se embotan con el cansancio nada harán de provecho», dejando tiempo para oración, misa, oficio, comida, descanso y sueño⁷⁵.

Veamos las mayores preocupaciones⁷⁶. Es importante limitar las visitas, circunscribirlas a ciertas zonas de las casas y excluir totalmente las de mujeres. La eficacia no es ajena a este objetivo. «Aquella noche y la mañana del día siguiente —dice el P. Fonda— no hicimos otra cosa más que recibir visitas de doctores (que abundan mucho ahora en América, aunque menos que nunca se estudie ahora en ella): con tanto doctoral conocimiento no dejo yo de tener esperanzas, aunque no muy bien fundadas de conseguir algún día una borla». La misma cautela se observa en las visitas que hacen los jesuitas; deben hacerse con permiso

⁷⁵ Cartas al P. Blas del P. Lerdo, Roma, 26-6-1847; el P. Segura, Guayaquil, 19-7-1852, y del P. Gil, 6-12-1848, 4-11-1854. Carta del P. Guerrico al H. Cotanilla, 30-3-1839. Carta del P. Provincial, Muruzábal, 12-3-1890, al P. Superior. «Si los seglares se acostumbran desde el principio a no venir a ciertas horas —dice el P. Gil—, luego no extrañarán que no se les reciba o no se les abra: esto conviene mucho más en tiempo de misión, porque los padres no son de hierro y es preciso que alma y cuerpo tomen su descanso: lo demás es matarse sin fruto ni provecho»; carta al P. Blas, Popayán, 13-12-1848. AHPTSJ estante 1, caja 91, estante 2, cajas 68, 70, 71 y 82. COT-HISTORIA III, 229.

⁷⁶ Junto a éstas, y a las citadas a lo largo del texto, se puedan destacar otras de muy diverso tipo: cumplir las obligaciones espirituales; evitar conversaciones de política; organizar las eventualidades de toda posible expulsión; guardar cuanto sea posible uniformidad en todas las cosas; emplearse en los ministerios según las circunstancias, sin que distraigan a los profesores de sus principales ocupaciones; no hablar a unos de los defectos de otros; tener las consultas debidas y huir de la ostentación de autoridad; no reprobar innecesariamente lo hecho por los superiores precedentes; no pegar a los alumnos ni reprenderles de mala manera ni ser parcial con ellos; no criticar a los seglares; atajar las divisiones que surgen en la comunidad. etc. Memoriales del P. Gil, Visitador de la Misión de Nueva Granada, 9-4-1847, 7-7-1848 y 2-11-1853, memorial del P. García López tras la Visita al Golfo de Honduras 15-2-1848; Recomendaciones del P. Blas, 20-7-1851; memorial del P. Blas al concluir la Visita al Colegio Seminario, 22-11-1859. Cartas al P. Blas, del P. Provincial, 28-4-1871; el P. Gil, 4-12-1854, 4-8, 1-9-, 2-11, 6-12-1855, y el P. Olascoaga, 14-8-1855, y 10-12-1855. AHPTSJ C-70. AHPTSJ estante 2, cajas 68, 69, 69 bis, 70 y 78.

del superior y siempre llevando un compañero⁷⁷. Al tiempo que se evitan riesgos⁷⁸, no pueden ignorarse ciertas obligaciones. El P. García López le pide al P. Blas, que lleva mucho más tiempo en Guatemala y conoce mejor a sus gentes, instrucciones de las personas a quienes debe visitar en Navidad y en la Pascua de Resurrección, cuándo visitar al Presidente de la República, qué personas conviene visitar de cuando en cuando y qué personas de las que vienen de fuera no puede dejar de saludar. «Porque —explica— si bien no me gustan las visitas, tampoco quiero faltar en nada de lo que la necesidad o la conveniencia exija»⁷⁹.

Probablemente las normas más difíciles de cumplir son las que ordenan que los jesuitas no salgan de noche ni salgan solos. Deben hacerlo por múltiples razones: imprevisibles como asistir a los enfermos, y habituales como ir a confesar a las iglesias cercanas, ir al mercado o ir a clase⁸⁰.

La austeridad, en la administración de las casas y en las vidas de los sujetos, es otra gran preocupación. Detrás está el ahorro, la necesidad de formar a los jesuitas y fortalecer su espíritu y el deseo de evitar las habladurías de la gente⁸¹. Las mayores quejas de los superiores se observan cuando creen que se viola la pobreza, y los súbditos criticados reaccionan con dureza. Son muy llamativas las cartas que envía el P. Orbegozo a su superior, el P. Blas, cuando éste da a entender que la santa pobreza se está quebrantando. Orbegozo se explica: «nadie tiene sino un pobre y necesario vestido, un pobre y grosero alimento, una pobre cama, y más pobre todo, que lo que he visto en las casas nuestras, aun en el Noviciado», si tenemos más cosas de las necesarias se debe a que «no hubo forma de enviarlo todo cuando marcharon los hermanos». «Sin embargo, concluye, puesto que a V. R. le ha parecido tan exuberante la biblioteca, marcharán los libros con todo

⁷⁷ Cartas del P. Fonda 12-3-1840; del P. Gil, Bogotá, 13-12-1848, el P. Segura, Guayaquil, 22-4-1851, y el P. Dupeiron, Kingston, 6-10-1855, al P. Blas, y del P. Muruzábal, 12-3-1890, al P. Superior. AHPTSJ estante 1, caja 91, y estante 2, caja 70. COT-HISTORIA I, 151.

⁷⁸ «Le diré lo que acaba de suceder en una de nuestras misiones americanas: en la cual porque uno de los nuestros frecuentaba la comunicación de sujetos visibles, y de opinión contraria a la dominante en el país, se ha pensado, y aun escrito, que él era el consultor o consejero de la oposición. Lo cual ya ve V. R. cuanto puede perjudicarnos»; carta del P. Jáuregui, 9-4-1860, al P. Blas; AHPTSJ estante 2, caja 68.

⁷⁹ La misma necesidad social obliga a asistir a comidas y actos sociales, organizados por amigos y por autoridades eclesiásticas y civiles; cartas del P. Hernández, Guatemala, 20-12-1854, 22-8 y 23-10-1859, al P. Blas; AHPTSJ estante 2, caja 70.

⁸⁰ Cartas del P. Segura, Guayaquil, 8-1, 19-2 y 31-12-1851, al P. Blas; AHPTSJ estante 2, caja 82.

⁸¹ Cartas al P. Blas del P. Segura, 1-1-1851, del P. Gil, 12-1-1851, y del P. Orbegozo, 24-1-1851; y del P. Provincial, 8-9-1866, al P. Felu, donde se pregunta si los éxitos obtenidos por las funciones del colegio justifican sus gastos. AHPTSJ estante 2, cajas 68, 70 y 82. AHPTSJ C-67. COT-HISTORIA I, 224.

lo demás que V. R. pide el lunes con Antonio Garcés». Al día siguiente envía al P. Blas todo lo pedido y además «4 del Dr. Sáenz recomendados a Garcés, y además de la ropa, 2 pares de calzones, 8 pares de medias negras. Aunque hace más de 3 meses que no nos dan sal, le remito la mitad de la que hay en casa»⁸².

Fumar está prohibido excepto por razones médicas, y debe hacerse en privado, separado de los que no fuman y alejado de la vista de los seglares. La comida está claramente regulada, para los días corrientes y los de fiesta, para el caso que coma sólo la comunidad o que tenga invitados. Hay que tener incluso la previsión de que lleguen en días distintos los alimentos que regalan los amigos, ayudando así a que éstos alaben la austeridad jesuita. Las instrucciones para extremar la austeridad son frecuentes.

«Como estamos en tiempo de cólera —dice el P. Gil desde Roma⁸³—, se ha permitido comer carne viernes y sábado; pero N. P. para conciliar la salud con la penitencia ha mandado no se dé más de un plato de carne, que es el cocido. Los días de ayuno, si se come carne, no hay 4.º plato. En las primeras y segundas clases no se dan aquí tantos platos como en esa, donde los buenos platos de dulce, que se llaman postres, son aquí un poco de queso o una manzana. En 2.ª clase no se ha dispensado aquí la abstinencia del viernes. En Méjico han empezado con mucho fervor: dice el P. Saurí que el día de S. Luis no tuvieron más extraordinario que un plato de arroz con leche. Digo todo esto porque tengo escrúpulo de haber ensanchado ahí mucho».

Con el mismo sentido —austeridad, formación espiritual del sujeto, uniformidad e imagen de cara al exterior— hay que entender la preocupación por el silencio (una de las normas que más se incumplen) y el vestido. Lo hacen incluso cuando la lógica recomendaría lo contrario. En Guayaquil, donde el obispo, el provisor, el rector del seminario y hasta el último de los clérigos suelen ponerse una levita ligera, de los jesuitas sólo al H. Garriga, «por ser cocinero y la cocina necesitar ese alivio», y al H. Serarols, por padecer de diarrea crónica, se les exime de vestir sotana⁸⁴.

⁸² Cartas del 22 y 23-2-1851. Una carta semejante, y por el mismo tema, es la del 25-9-1852, cuando el P. Blas vuelve a solicitar libros al P. Orbeagozo. AHPTSJ estante 2, cajas 68 y 70.

⁸³ Cartas al P. Blas del P. Gil, 4-9-1854 y 8-5-1856, del P. Hernáez, 23-11-1858, y del P. Fernández, 11-12-1851; del P. Provincial, 12-3-1890, al P. Superior, y del Provincial, 8-10-1865, al P. Rector, La Habana. El Diario de Cotanilla recoge pormenorizadamente el orden de comidas; COT-DIARIO 13-12-1848. AHPTSJ C-67. AHPTSJ estante 1, caja 91, estante 2, cajas 68 y 70.

⁸⁴ Cartas al P. Blas del P. Segura, 8-1 y 19-2-1851, I. Asensi, Guatemala, 1-1860, y F. Legarra, Bogotá, 31-7-1860. Carta del P. Pujol, 29-8-1858. AHPTSJ estante 2, cajas 68, 70, 72 y 77.

En otras ocasiones se recuerdan las regulaciones sobre el descanso, la forma de celebrar las renovaciones y la necesidad de que ciertos ministerios, como la confesión, no se conviertan en un refugio o una huida de otras obligaciones⁸⁵. Del mismo modo se regula detenidamente la forma de viajar. Los viajeros deben ir provistos de lo necesario y no esperar que los que los reciban les provean de lo que deben haber traído de su lugar de origen. Nunca debe viajar un jesuita solo y uno de los viajeros debe actuar como superior. Junto a los peligros físicos que el mal estado de los caminos y las largas distancias hacen inevitables, se constatan otros: la disipación y los riesgos para el prestigio de la Compañía, que recomiendan reducir los viajes al mínimo y «que no se viaje a modo de ricos en primera clase»⁸⁶.

De todas formas no puede olvidarse que las normas están siempre sujetas a la necesidad de no cumplirlas, a las distintas condiciones y al criterio de los superiores locales, que siempre tienen más información que el Provincial y Roma⁸⁷.

EL GOBIERNO: AUTORIDAD Y CONFIANZA

El superior merece todos los elogios, es representante de Jesucristo y su cargo implica un sacrificio de gran responsabilidad. Debe actuar equilibrando el rigor y la necesidad de no caer en la dureza, ni por supuesto en el favoritismo. El P. Gil señala a Cotanilla: procure «ser ángel de paz en esa comunidad y no se escandalice tan fácilmente sino trate de observar bien sus reglas, que aunque joven todavía el Señor le ayudará». El súbdito debe moderar su viveza y dejarse «gobernar de

⁸⁵ «No puedo entender, como algunos padres necesitan estar toda la mañana en el Confesionario todos los días sin excepción a no ser que se alarguen mucho las conversaciones con los penitentes, o que todos los días se confiesen las mismas personas»; carta del P. Parrondo, Guatemala, 30-1-1860, al P. Blas; AHPTSJ estante 2, caja 68.

⁸⁶ Carta circular del Provincial a los padres superiores, 16-7-1861. Cartas al P. Blas del P. Orbeago, Ibarra, 13-10-1850, y del P. Gil, Kingston, 12-3-1851. «Instrucciones para el mejor arreglo del viaje». Carta del P. Provincial, 9-4-1867, al P. Hernández. Carta del P. Provincial, 12-3-1890, al P. Superior. El P. General está descontento por los excesivos viajes que hacen los jesuitas. COT-VIAJE, p. 52. AHPTSJ estante 1, caja 91, y estante 2, cajas 68 y 70. AHPTSJ C-67.

⁸⁷ En la residencia de Guayaquil se da temporalmente hospedaje al Sr. Lino Peña en contra de las normas establecidas; cartas del P. Segura, 8-10 y 12-11-1851, al P. Blas. El P. Provincial somete al P. Güell la posibilidad de reducir las horas de clase en el colegio si existe «alguna muy poderosa razón» (carta del 18-1-1866). En el mismo sentido el P. Lerdo, desde Roma, considera que el P. Freire, en Medellín, conociendo de cerca la situación puede establecer, en contra del sistema de instrucción gratuita, que los alumnos externos paguen una pequeña cuota; carta del 30-4-1847. AHPTSJ C-67. AHPTSJ estante 2, cajas 70 y 82.

la Divina Providencia por medio del superior», huyendo del «dichoso espíritu de libertad que tanto cunde». La obediencia es una virtud fundamental, quizá la más importante; nunca se duda en elogiar las actitudes de resignación de los súbditos ante las órdenes que contrarían sus deseos⁸⁸.

Si el profesor es el responsable de los resultados y el comportamiento de sus alumnos, la importancia de la obediencia no reduce la responsabilidad del superior, que no puede nunca desentenderse de los problemas ni de sus consecuencias. Aunque el rigor puede ser en ocasiones necesario, y así lo señala el P. Orbegozo, que se siente incapaz de controlar de otra forma a los HH. Parias y Torres; el buen superior, de carácter amable mejor que seco, debe generar confianza y actuar como un padre que provee a sus súbditos de todo lo que necesitan espiritual y corporalmente⁸⁹. Esto se ve claramente en una de las mayores preocupaciones en la acción de gobierno: la vigilancia de la salud de los súbditos. Deben estar muy atentos para que el exceso de celo no tenga graves consecuencias. Para evitarlo el descanso es fundamental, aunque también se recomienda el ejercicio físico, no pasar un tiempo excesivo en ministerios muy sedentarios, como el del confesionario. Se plantean dos graves peligros: haber trabajado demasiado puede conducir a estar privado de trabajar por mucho tiempo y la enfermedad del cuerpo puede provocar la del alma, porque obliga a relajar la disciplina y a cambiar los hábitos y «andar a compañía libre no es bueno para nada»⁹⁰.

El superior debe vigilar a los suyos con la autoridad suficiente. Por este motivo el P. Gil critica al P. Blas no haber sido capaz de controlar al P. San Román. El P. Blas informa al P. Gil sobre los excesivos gastos hechos por San Román, y la respuesta del Asistente es clara: la responsabilidad es del superior, que «quiso contentarle con concesiones, y le sucedió lo que a los gobiernos débiles con los liberales»⁹¹. Lo que se espera del superior se ve claramente en un caso con-

⁸⁸ Cartas al P. Blas del P. Jáuregui, 9-4-1860, el P. Legarra, 31-7-1860, el P. Sauri, 15-12-1847, el P. Freire, 14-4-1847, el P. Orbegozo, 5 y 10-10-1850, 22-2 y 20-4-1851, y el P. Hernández, 2-11-1860. «Avisos para los que van por primera vez a las Antillas», La Habana 1877. Carta del P. Gil, 16-11-1847, al P. Cotanilla. «No hay mejor ocupación que la que la obediencia nos señala», recuerda el Provincial, 17-1-1875, al Rector de La Habana. AHPTSJ C-70. AHPTSJ estante 2, cajas 68, 70, 71 y 75.

⁸⁹ Carta del P. Orbegozo, Ibarra, 7-9, 2 y 5-10-1850, al P. Blas; AHPTSJ estante 2, caja 68.

⁹⁰ Cartas al P. Blas del P. Freire, Medellín, 14-4-1847; el P. Gil, 6-12-1848, 24-9-1849, 4-9-1854, 6-8-1857, y el P. Segura, Guayaquil, 15-1-1851, 4-8-1852. Memorial del P. Blas tras la Visita al Colegio Seminario, 22-11-1859. Carta del P. Pujol, Puerto Rico, 16-11-1858, al P. Jáuregui. AHPTSJ estante 2, cajas 68, 70, 77, 78 y 82.

⁹¹ Cartas del P. Gil, Roma, 8-5 y 7-6-1856, al P. Blas, Guatemala; AHPTSJ estante 2, caja 70.

creto. El P. Blas confiesa que se equivocó al proponer como vicerrector al P. Cotanilla. Le había notado bastante falto de buen juicio, pero las quejas que recibió las atribuyó al hecho de ser nuevo en el oficio, ser nuevo el establecimiento e incluso a *inmortificación* de otros jesuitas. Cuando realizó la visita al colegio halló un notable disgusto entre los padres y hermanos. Acusaban a Cotanilla de tener malas maneras, de hablar mal de casi todos, de reprobador todo ministerio espiritual que no fuese el de la enseñanza (por ejemplo, sin distinción de casos urgentes y no urgentes, no quería que saliesen los padres de noche a confesar los enfermos). Pese a las recomendaciones que el P. Blas dio al P. Cotanilla durante la visita, el problema no se resolvió, por el contrario se fue agravando al faltar éste muchas veces a la obediencia, hablar a los seglares con poca estima de otros jesuitas y tratar con descortesía a los alumnos. A no ser que se hiciera urgente la remoción, el problema era cesar a Cotanilla buscando «cualquier título honesto» y darle otra ocupación sin detrimento de la autoridad⁹².

La autoridad no está reñida ni con la confianza ni con el recurso a instrumentos colegiales de gobierno. Los *Avisos para los que van por primera vez a las Antillas* al tiempo que recomiendan no criticar nunca el modo de proceder del superior, porque causa disgustos y división, indican que «lo mejor es irse derechito al superior y decírselo con humildad y claridad, si no viere remedio aconsejese con su padre espiritual y escriba al P. Provincial, y si fuese necesario, al mismo General»⁹³. Los consultores juegan un papel central. No dudan en quejarse al Provincial o a Roma cuando no son escuchados. Además, ante los problemas graves se pide opinión al conjunto de los sacerdotes. Para hacer funcionar este sistema prima la sinceridad. En las cartas nunca se renuncia a los tratamientos, pero se combinan con la mayor sinceridad, las bromas frecuentes y la crítica libre a los proyectos y las actuaciones de los otros⁹⁴.

Se recomienda también mantener claramente divididas las funciones y responsabilidades y respetar la autonomía de los súbditos. El Provincial recomienda «dejar expedita la acción de todos aquellos que desempeñan un cargo cualquiera, siempre y cuando no existan motivos fundados para entrometernos». Hay que confiar en los súbditos y contentarse con una vigilancia general sobre el modo

⁹² Carta del P. Blas, Bogotá, 13-4-1860; AHPTSJ estante 2, caja 68.

⁹³ AHPTSJ estante 2, caja 75.

⁹⁴ Cartas al P. Blas del P. Segura, 27-3-1851, el P. Olascoaga, 3-9-1855 y 10-1-1856, el P. Sauri, 11-8-1847, el P. García López, 16-10-1854. Carta del P. Laínez, Mocoa, 21-9-1847, al P. Freire. AHPTSJ estante 2, cajas 68 y 70.

con que cada uno desempeña su cometido, para no desanimar a los sujetos, favoreciendo su confianza y alegría. Incluso cuando un sujeto no responde a las expectativas puestas en él se recomienda «tener paciencia, y procurar sacar el mejor partido posible», y evitar cualquier apariencia de que se prescinde de él por no estar de acuerdo con su superior⁹⁵.

* * * *

En términos generales estamos tratando con una comunidad religiosa que tiende a idealizar el pasado, más claramente cuando se trata del propio, con la misma decisión con la que se enfrenta a la realidad que le ha tocado vivir, realidad que experimenta, y no sin razones, marcada por el asedio, la persecución, el miedo y la debilidad. Los jesuitas ponen su confianza en Dios, del que se espera todo pero del que se espera conseguirlo todo con esfuerzo, para hacer frente a un compromiso, que para muchos se alejaría de lo religioso y que para ellos, es tan amplio⁹⁶ por su propia condición religiosa; hacer frente a su compromiso por medio de la construcción de una comunidad llamada a la *salvación de las almas*, convencidos de que en el Cielo no pueden entrar solos. De esta forma su actuación se bifurca en dos direcciones: la comunidad y el servicio; la construcción de una comunidad basada en la *oración* —en la línea de lo dicho sobre el P. Taboada—, la jerarquía, la obediencia a la ley y a las costumbres y la confianza, comunidad que al cerrarse sobre sí misma encuentra la fuerza para servir, para volcarse en los ministerios. En estos años se afirman convencidos de la certeza de sus planteamientos, pero a la larga no podrán eludir dos crisis: la que generará el desarrollo de una sociedad *que de puro corrompido se estaba desmoronando*, y la nacida de la escasez de los frutos, que les forzará a replantearse la *incuestionable* fidelidad popular.

⁹⁵ Cartas al P. Blas del P. Gil, Roma, 4-8-1854; del P. Hernández, Guatemala, 6-7-1860, y del P. Jáuregui, 8-6, 11-8 y 17-9-1860. «Avisos para los que van por primera vez a las Antillas», La Habana 1877. AHPTSJ estante 2, cajas 68, 70 y 75.

⁹⁶ Recordemos al P. Láinez dirigiéndose a la salvación de almas rodeado de carpinteros, herreros, albañiles y sastres. Vid. mi artículo sobre el P. José Segundo Láinez en el número 3 de MAR OCEANA.